



YO VI TU SILUETA

JAVIER VIVANCOS



Presenta

Yo vi tu silueta  
(mientras me violaban)

Javier Vivancos

Colección  A sangre

## “Prólogo de mi catarsis”

Te veo...

... ¿Sabes que aún puedo verte?, estás en mi cabeza, tú, tu silueta, la veo, aunque cierre los ojos, siempre está ahí... o allí, tras el cristal, pero yo también estoy allí, en ese mismo lugar en donde..., no, no, aún no estoy preparada, todavía no, por eso me quedo observando tu silueta, aunque me gustaría no verla nunca más, me gustaría no verte nunca más, eso es, nunca..., no quiero pensar en tí, no quiero imaginar que me hablas, no quiero oír tus excusas, necesito que esto acabe, necesito que termine... de una maldita vez, para siempre, que desaparezcas de esa ventana, de mi mente, de mi vida, ¡vete!, ¡VETE DE UNA VEZ!

Suspiro, y me doy cuenta de lo que acabo de hacer: un agujero en el folio; y el bolígrafo no para de soltar tinta, al final lo pondré todo perdido, con la rabia que me da manchar las cosas. No, no quiero más manchas en mi vida, no, ninguna más. Restriego una y otra vez la punta del bolígrafo en una esquina del papel, y toco, miro y estudio el roto sobre la última frase garabateada. La Z de “VEZ” parece la firma del Zorro. Un Zorro muy cabreado.

Aunque no sé si cabreado es la palabra apropiada. Noto esa punzada ahí, bajo el pecho, cada vez que tomo aire, cada vez que me cae algo al estómago, cada vez que mi cabeza no está ocupada en algo que no sea lo que ocurrió... ese día en el que... tú...

Emito un chasquido que no resume bien mi malestar. Esa sensación de tener alojada entre las costillas algún tipo de lombriz enorme y hambrienta horadando tejidos y hueso, tu silueta arrancándome la vida a pequeños y dolorosos bocados, eso sí sintetiza bien cómo me encuentro. *¿De verdad te gustaría saber cómo me encuentro?* Es una pregunta que me hago a menudo y... *Oh, por favor... ¡Ya están esos dos otra vez dale que te pego!*

Lo que hagan mis dos compañeros de piso en su habitación me trae sin cuidado, pero necesito silencio, necesito concentrarme (*en tu silueta*), tengo que aclarar mis ideas, tengo que...

Me levanto. De un manotazo enciendo la radio, subo el volumen, no me importa si se dan por aludidos, acabarán haciéndolo con más fuerza de todas formas. He de pensar, he de encontrar una vía razonable para salir de este pozo de mierda que son los recuerdos... o, más que recuerdos, huellas, heridas mal cicatrizadas que de cuando en cuando vuelven a supurar. Y sé que puedo hacerlo, estudio Psicología, tengo que valer para esto, poseo material y conocimientos de sobra para al menos iniciar mi recuperación, *Dios, si ni siquiera me reconozco en el espejo, en él solo veo tu maldita silueta, lo que hiciste, lo que no hiciste, lo que pasó, lo que dejaste que pasara...*

Pero creo que ya lo tengo.

Arrastro la silla del escritorio, enciendo el ordenador, me paso los dedos entre los cabellos, huelo a grasa, me doy asco. Esto debe terminar aquí, basta de arañar folios, basta de reventar bolígrafos y de morder capuchones, ya estoy cansada de garabatear incoherencias, de que los pensamientos se agolpen como moscas sobre ese cristal en el que yo vi tu silueta; he de romperlo, tengo que romper con todo esto, encontrar mi catarsis, volver a vivir, extraerte de mi cabeza, comprenderte, odiarte u olvidarte, poner fin a esta obsesión, sí, hacer terapia conmigo misma, pero en serio, de forma ordenada, estructurada, eficaz, definitiva.

Tomo aire. Sé que voy a tener que llevarte conmigo, que es preciso que me deje llevar, que me deje invadir, que no tema mis recuerdos; permitir que aflore todo, que me muestres toda la miseria que hay en ti, en mí, en ellos, en todos los malditos personajes de esta historia, aunque sea mintiendo, aunque sea fabulando y suponiendo aquellas cosas que todavía desconozco y no sé si llegaré a saber y comprender alguna vez.

Abro un nuevo documento de texto. Mis dedos sobrevuelan el teclado.

Comienza mi prólogo.

# ÍNDICE

<b>CAPÍTULO 1. EL HORROR Y EL PLACER</b>	15
<i>“Yo me compré una moto nueva”</i>	29
<b>CAPÍTULO 3. ALICIA</b>	35
<b>CAPÍTULO 4. SARA</b>	43
<b>CAPÍTULO 5. CARLOS</b>	55
<b>CAPÍTULO 6. CABEZA VACA</b>	63
<i>“No me rindo tan fácilmente”</i>	87
<b>CAPÍTULO 8. HOY ES JUEVES</b>	91
<i>“Al final, te encontraré”</i>	127
<b>CAPÍTULO 10. UN FIN DE SEMANA CUALQUIERA</b>	131
<b>CAPÍTULO 11. FAMILIA</b>	143
<b>CAPÍTULO 12. NOVIAS</b>	179
<b>CAPÍTULO 13. DEMASIADO OCUPADA</b>	223
<i>“Empiezo a hartarme de ti”</i>	233
<b>CAPÍTULO 15. CAE LA NOCHE Y LA MÚSICA NO CESA</b>	237
<b>CAPÍTULO 16. UNA MALA VIDA CONDUCE A OTRA</b>	259
<b>CAPÍTULO 17. UNA TEMPORADA EN EL CAMPO</b>	273
<b>CAPÍTULO 18. PASTO DE LOS LADRONES</b>	367
<b>CAPÍTULO 19. TRAICIÓN</b>	383
<i>“¡Cuánto necesitaba despejarme!”</i>	407
<b>CAPÍTULO 21. TU SILUETA</b>	409
<i>“Mi propio epílogo”</i>	431



# CAPÍTULO 1

## EL HORROR Y EL PLACER

**B**elén yacía en la alacena del taller. Una de sus piernas regordetas sobresalía por el hueco que dejaba una de las puertas. Un charco de sangre decoraba el suelo de hormigón bajo aquel calcetín inmóvil, lo decoraba a juego con nada.

El desfile de senderistas allá fuera parecía no acabar nunca.

*¡Ellos han tenido la culpa!*

Le reconfortaba un poco culparles. Si no hubieran aparecido con sus bastones de sendero y sus botas de *trekking*...

*... Parecen un rebaño de borregos de ciudad de paseo por el campo.*

*(Borregos de mirada acusadora)*

Visualizó vagas escenas alternativas a la que había presenciado minutos antes, escenas donde detenía el golpe a tiempo, o incluso donde lograba hacerla entrar en razón antes de que pudiese montar el numerito en pleno sendero.

Ella ya no sufría convulsiones ni echaba ese líquido por las comisuras de los labios cuando la había metido tras esas puertas desportilladas. La venda alrededor de su cabeza abierta debía de estar empapada, pero todavía no era el momento de comprobarlo. Aunque para qué quería ya comprobar nada. Sería mejor seguir sentado en la silla rústica, escuchando, aguardando a que no se viesan más siluetas al otro lado del cristal.

Era tarde para ella. Fue tarde desde el preciso instante del golpe, aunque fuese difícil de afrontar. Miguel no lo afrontó en un principio. Cuando Belén se derrumbaba con la cabeza abierta, pensó en el gran regalo que tendría que hacerle para que le perdonase. Después, pasados los espasmos, cuando un nuevo enfado de la chica dejaba de ser plausible, se dirigió a sus labios para averiguar si sabía hacer el boca a boca. Luego pensó que tal vez debía de comprobar primero el

pulso, y quiso recordar en qué mano era, ¿o era en el cuello? ¿Dónde tendría el manual del permiso de conducir?, lo poco que sabía de primeros auxilios estaba allí. Su Belén no contestaba a sus preguntas, no respondía a sus palabras de aliento, solo emitía algún sonido por una sanguinolenta abertura entre su cabello, más teñido de rojo que nunca. Siguió hablándole y tocándola como si fuera a recuperar la consciencia de un momento a otro. Buscaba, alarmado por esa mirada perdida, algo con que remendar el error. De nada le servía entender de bricolaje y carpintería, de nada le servía encontrarse en un garaje reconvertido en un taller lleno de herramientas. No había nada allí para arreglar ese boquete por donde parecía que iban a salirse los sesos. ¿Y de qué le servía saber cocinar, limpiar, limpiar y limpiar la mierda que echaba su hermano? Su Belén moría por una herida que era la representación exacta del agujero que había en su propia vida. Y no sabía con qué rellenar ese agujero para que las cosas salieran bien, para variar.

Miró de reojo a ese pobre infeliz de Félix —que en estos momentos estaba sentado jugando con una tabla de madera de abeto, un martillo y unos clavos—. Le habría gritado y golpeado hasta reventarle las narices. Sin embargo, el alivio que había sentido al ver frenadas las acusadoras intenciones de la chica mitigó su ira y la convirtió en un lamento apagado.

A Belén le había entrado uno de esos arranques de rebeldía tonta. De no haber sido por Félix, habría salido desnuda con el martillo en la mano y dando gritos como una energúmena en mitad del monte, y habría llamado la atención de los senderistas que pasaban de camino a Casas Nuevas.

Eso no hubiera estado bien.

Su hermano había sido demasiado drástico, pero si ni él mismo la comprendía cuando se ponía así, mucho menos ese niño grande que lo único que había hecho era defenderse y obedecer órdenes imprecisas para evitar un desastre... con otro desastre.

Miguel Ángel seguía esperando, seguía callado. Oía su propia respiración, y el viento que se filtraba por un agujero del techo, de

donde usualmente caía un diminuto rayo de luz sobre el borde de una estantería. Escuchaba el murmullo monótono de la corriente eléctrica de las bombillas sujetas por casquillos y cables al techo de vigas de madera reforzadas. También escuchaba (y deseaba dejar de hacerlo) el sonido difuso de esa pequeña muchedumbre pisoteando las piedras y matojos del camino, comentando cosas que no entendía (y que tampoco le importaban).

Tantos sonidos... no le dejaban afrontar lo que tenía que afrontar.

Ahora el martillo golpeteaba unos clavos sobre la tabla. Era enfermizo, como un tambor desacompañado. Miguel redirigió la mirada hacia su hermano. Se fijó bien en el martillo ensangrentado, el mismo martillo de orejas que momentos antes le había servido a Belén para amenazarles, para luego cambiar de dueño y acabar estrellándose contra el cráneo de la chica, lo cual frenaba de golpe su intento de salir por la puerta grande cuando ya había levantado la aldaba...

... Cuando casi había logrado salir.

El martillo continuaba sonando con su lenta y dura cadencia.

Las voces y pasos seguían su camino.

Más martillo. Miguel observó la pantorrilla desnuda sobre el charco de sangre que recorría una pequeña parte del taller hasta la alacena. Como una oleada pasajera, se estremeció, se le erizó el vello del cuerpo y sintió un nudo en la garganta. Le gustaba de veras esa muchacha. Tan inocente... Tan infantil... Algunos decían que era algo retrasada, pero él no opinaba igual.

*La gente siempre va diciendo cosas de la otra gente.*

Fue en una soleada mañana de abril. Luminoso el día, luminosa ella al entrar en la carnicería. No había mucha clientela y a él no le importó, en su turno, pedir pechuga de pollo por ella a pesar de las miradas reprobatorias de las otras mujeres. ¡Que se jodieran esas arpías! ¿No eran las mismas que le miraban de reojo? ¿No eran las mismas que hacían comentarios sobre su olor corporal?

¿No eran, como muchos otros, las que no le respetaban?

A partir de aquel día, Belén y él coincidieron en varias ocasiones por el parque de la pedanía donde vivían y, sorprendentemente, empezaron a coquetear. Sorprendentemente, porque él no tenía éxito con las mujeres. De hecho, no había estado nunca con ninguna a la que no hubiera tenido que pagar para hacer esas cosas que veía en las películas pornográficas. Y Belén reía sus gracias, no se escandalizaba por su forma de pensar, no huía ante sus insinuaciones, no le importaba que fuera mucho mayor que ella ni que apenas saliera de su piso. No le molestaba casi nada. Era solo...

... Era solo que, a veces, no la podía controlar. Pero se llevaban bien. Hacían cosas... Sí, hacían esas cosas, se tocaban, se daban besos con lengua más abajo de la barbilla... Jugaban, a veces como jugarían un padre y su hija, aunque ella estaba bien crecida ya para esos juegos.

Era preciosa. Le parecía jugosa, tenía por donde agarrarla, era bajita, manejable. Tenía un pelo rojizo que le sentaba muy bien, y mucho vello púbico de ese mismo color. Le gustaba mucho pasar la lengua por allí y oler su deliciosa fragancia...

... Muy distinta del fuerte y metálico olor a sangre que ahora no podía quitarse de encima. Procedía de allí, del suelo, de la alacena, del cuerpo inerte de Belén. Trató de evitar ese olor como si de insecticida se tratase. Demasiado insecticida podía ser nocivo.

Solo porque no había querido jugar... Por una riña. ¡Pero es que tenía mucho carácter! A veces se ponía furiosa y le daba por chillar, arañar, golpear... si uno intentaba calmarla.

Aunque también podía ser muy dulce, y le gustaba correr.

Ya no corría.

No se movía más, en ese estrecho armario, fatalmente escondida de ese murmullo de senderistas que por fin había dejado de escucharse. Ahora podía empezar a pensar en lo que iba a hacer con el cuerpo.

Con ese cuerpo desnudo.

Todavía fantaseaba con que se levantaría y saldría de la alacena en cualquier momento. Y solo habría sido un accidente sin importancia. Castigaría a Félix, y asunto resuelto.

Una nueva oleada le recorrió el pecho hasta la garganta. Pensó en ese movimiento de martillo, amplio y despreocupado, como si no hubiera existido allí armario o pared alguna que pudieran entorpecerlo: todo un estadio para ejecutar ese único y preciso arco descendente que había provocado la muerte de un ser humano. Y no era la muerte que se podía ver por televisión, ni el recuerdo del rostro alargado y morado del abuelo en su ataúd; era una muerte sanguinolenta que había acontecido delante de sus narices, en su taller. Y era la muerte de Belén.

Belén, un ser inerte que antes se movía, gritaba y, mucho antes, reía y se divertía con él.

Qué extraño, ¿verdad?

Ya no sería su novia, por mucho que fantaseara con un repentino hálito de vida en el interior de la alacena. Ya no se casarían ni vivirían en esta casa, en el monte, lejos de las estúpidas gentes de Zarzadilla de Totana, lejos de la estúpida gente que a veces no le hablaba cuando él lo hacía. Ella sí le hablaba. Siempre.

Pero ya no lo haría más.

Y, sin embargo, su muslo desnudo y carnoso seguía siendo apetecible y prohibido, tanto que no conseguía rebajar una erección que consideraba inapropiada, dadas las circunstancias.

En absoluto apropiada. No podía producirle placer el violento, desagradable y, pese a su brevedad, insistente recuerdo de aquel golpe seco que había derrumbado a su Belén, que había hecho un ruido como de saco de patatas al caer. Se habían acabado así todos los planes; planes para este fin de semana, planes para esta vida.

Planes...

Miguel se levantó de su silla rústica y caminó hacia la puerta del taller, poniendo especial empeño en no pisar los regueros de sangre. Al llegar allí, levantó con cuidado la aldaba y empezó a abrir la puerta. No se había dado cuenta de lo cargado que estaba el ambiente del taller —pese a ser bastante espacioso—, y lo fresco y purificador que resultaba el aire que corría por allí fuera.

Se preguntó por qué el aire de fuera siempre era más limpio.

Nadie alrededor. Las últimas mochilas y gorras se perdían monte abajo, a su derecha, a más de cincuenta metros, y no se atisbaba ningún viajero rezagado en la ladera arbolada de enfrente.

Casi (im)perfecto.

El fin de semana con su novia se había estropeado. Ahora lo que tenía que hacer era no desesperarse. Después de todo, ella seguía allí (*muerta*), y nadie más (aparte de Félix) lo sabía, o eso esperaba.

Cerró con cautela y regresó a su silla, otra vez sorteando los regueros. Su hermano daba martillazos con una cadencia hipnótica, y Miguel creyó que esta vez lo hacía al compás de sus pasos, pasos que le redirigieron hasta la alacena. Félix paró por un instante. Se quedó mirándole con esa expresión infantil suya de ojos extraviados. A veces su mirada se ausentaba más de la cuenta en alguna ilógica espiral de pensamientos y sensaciones. Miguel no sabía adivinar cuál, pero sí reconducirla hacia algún sitio conocido cuando era necesario. Abrió la puerta de la alacena y el cadáver se derrumbó sobre su costado derecho. Uno de sus abundantes pechos quedó suavemente aplastado contra el suelo.

Miguel se agachó y agarró el cuerpo.

El cuerpo que había sido su novia.

Cerró la alacena con descuido. Allí dentro dejó el montón de ropa de la chica, junto a unos zapatos negros de tacón bajo. Se acuclilló. Examinó el cuerpo con extrañeza y curiosidad, quizá más de la que manifestaba Félix por allá, todavía sentado en el suelo. Se fijó por un momento en los ojos enrojecidos y perdidos en la otra vida, y contempló el vendaje ensangrentado que recubría toscamente la frente de la chica y que envolvía su rizado y un tanto despeinado cabello. Parecía un macabro adorno en lugar de un vano intento de contener una hemorragia. Ya no creía que Belén fuera a pestañear, hablar o siquiera respirar. Como mucho dejaría de teñir de rojo la sucia venda —en realidad, un par de trapos de limpiar el polvo—; como mucho sería una muerta más muerta. Un cuerpo.

Un cuerpo con el que ya no discutiría.

Creyó que iba a llorar. Escuchó el apagado murmullo que emitía su hermano, como un canturreo. El taller parecía apagado y polvoriento. Las estanterías se le antojaban más altas, aunque estaban tan bien alineadas como siempre. Y todos los utensilios y herramientas apilados en las esquinas, dispuestos en los estantes, situados en los bancos de trabajo, en el altillo del fondo..., todos demasiado puntiagudos y amenazadores, todos ellos instrumentos para acabar con su amor. Hasta su todoterreno reflejaba de manera insidiosa la luz de las bombillas, le mostraba una mueca de metal rojo, de burla sangrante.

Aunque ese mismo garaje, el taller, también representaba su refugio, su escondite, su puerta con pestillo en el cuarto de baño que impedía a los demás opinar sobre sus pasiones secretas... Con ese cuerpo.

Respiró hondo y captó algo más que el olor húmedo de la sangre empapando la venda y manchando carne y suelo. Un cosquilleo le recorrió y subió desde los testículos hasta acabar vagando por el pecho, entremezclado con las palpitaciones.

Los senderistas se habían marchado. El miedo, no del todo; siempre había temido el castigo. Sin embargo, aquí, en su garaje, podía empezar a sentirse seguro y preguntarse: ¿qué suponía disponer de esa persona inerte a sus pies? ¿Un desagradable recuerdo de lo que había sucedido? Puede, aunque también era algo más, lo que quedaba de una vida que ya no era y, mientras intentaba (pero no lograba) pensar en lo que debería hacer para ocultar todo eso, también fue consciente de sus necesidades.

Necesidades que aún quedaban por satisfacer.

La boca se le torcía en una mueca cada vez que recordaba el sonido del martillo impactando contra el cráneo. Él estaba gritando a su hermano mientras trataba de subirse los pantalones, intentando en vano alargar la mano para sujetar a Belén antes de que saliera por aquella puerta. Pero es que estaba tan lejos...

Y ahora, tan cerca. Incluso parecía viva, cálida. Solo tenía que evitar mirar sus ojos sin vida para no recordar con demasiado volumen el fatal golpe.

Se agachó, despacio. Movi6 el cuerpo de Bel6n. Su propia y regordeta nariz pronto se pos6 sobre la mara6a frondosa y ensortijada de vello p6blico del cad6ver que ahora yacía boca arriba. Se embriag6 con las sensaciones. Apenas podía ver ya el rostro de Bel6n m6s all6 del monte de sus pechos.

Besuequ6 aquel sexo por debajo del vello, al tiempo que recorría con sus manos la todavía caliente, pero curiosamente rígida, carne; blanda y rígida a un tiempo, como una muñeca hinchable rellena de arena.

Era como si pudiese separar la p6rdida de Bel6n en vida de la posesi6n de Bel6n en muerte. Sintiendo la caricia del vello ajeno en su rostro, una pregunta clara y directa le invit6 a seguir adelante: ¿por qu6 no aprovechar para probar cosas nuevas?

*Est6 mal, dicen...*

*(¿Y?)*

F6lix ri6 d6bilmente y dej6 caer el martillo. Se qued6 observando con la misma curiosidad que cuando su hermano visionaba algo er6tico en el televisor. Call6, y solo su respiraci6n a6adi6 algo de su presencia a la escena. Miguel se apart6 del cuerpo y mir6 a su hermano. Se pregunt6 hasta qu6 punto F6lix debía de comprender el resultado de sus acciones, y hasta qu6 punto podía afectarle. No estaba bien que anduviera ri6ndose despu6s de lo que había hecho, pero qu6 podía reprocharle si 6l mismo estaba jugando con el cad6ver como si...

*... Como si no fuera un cad6ver.*

*(Pero lo es)*

Las consideraciones se tornaron en un creciente deseo que no pudo ignorar. Deseo que impuls6 a Miguel a bajarse el pantal6n, a retirar la ropa interior, a arrojarla lejos, por debajo del banco de trabajo, y a

poseer el cadáver con ansia; no había que pensar en otra cosa que no fuera el reflejo de vida de un cuerpo delicioso. Si se detenía o apartaba la mirada y la boca de esos senos danzantes, sentiría demasiado frío y no tardaría en volver a escuchar el martillazo en esa cabeza.

Por lo tanto, no se demoró en eyacular en el interior de ese cuerpo que se movía arrastrando la piel sobre la húmeda y pegajosa superficie. Sus muñecas insensibles dejaron de contonearse sin gracia, con esa cadencia que habría hecho vomitar a cualquiera. Ahogó cuanto pudo los gemidos de goce mientras su hermano, ya no tan silencioso, palmeaba y gorjeaba, como si todo aquello le pareciera un espectáculo divertido.

Saciado, Miguel se retiró del cadáver. Contempló con desagrado que la venda se había deslizado. Un fluido de tonalidad que se le antojó amarillenta se mezcló con la sangre, que resbalaba sin fuerza.

Buscó sus pantalones y evitó por poco una púa extraviada en el suelo. Se revolvió con premura para tratar de ofrecer a su hermano una imagen de dignidad; a ese hermano deficiente que se toqueteaba la entrepierna de manera mecánica, como cuando jugaba con la tabla. Pero ya era mayorcito. Se fijó en su ralo bigote, en su cuerpo grasiento y enorme, y en esa sonrisa de dientes torcidos y amarillentos.

Miguel miró otra vez el pubis que había dejado y pensó.

—¡Eh, Félix! ¿Quieres probar tú? ¿Quieres estrenarte?

La idea le pareció más *demencial* aún que lo que ya había sucedido, pero no dejaba de ser *sugerente*. *Demencial* era un concepto que aplicaba a lo que había aprendido como prohibido o merecedor de castigo. *Sugerente* era un concepto que le incitaba a esconderse cuando quería hacer algo *demencial*.

Todavía notaba esa sensación tan parecida a la que experimentó cuando fue por primera vez a un prostíbulo, un hormigueo genital, euforizante, pasiones libres que seguían siendo un secreto en el garaje.

Y estaba mal no compartir con los hermanos. Eso era algo que les había enseñado su padre.

—Félix, ¡ven aquí! Yo te enseñaré cómo se hace. Ya verás qué bien te lo pasas... ¡Ven! —instó efusivamente Miguel, mientras comprobaba con agrado que su hermano se ponía en pie, sonriente, y se acercaba emitiendo esas vocalizaciones guturales que tanta gracia le hacían.

Miguel bajó la cremallera y agarró el pene de su hermano. Comprobó que estaba aceptablemente erecto y animó a su hermano a arrodillarse. Tuvo que frenar su ímpetu, pues este ya se adelantaba y agarraba el cadáver y lo atraía hacia sí con torpeza. Le detuvo, le instruyó como a un niño pequeño al que se le enseña a montar en bicicleta, lección esta que nunca se olvida, y acercó las caderas de Belén a la cintura de su hermano, donde él mismo introdujo su miembro en la vagina todavía salpicada de la intromisión anterior. El resto ya no pudo refrenarlo. Su hermano la acometió agarrándola por las mullidas curvas como un podenco en celo.

Recordó Miguel, mientras contemplaba el mal hacer de su hermano, a la Belén que sonreía y recogía flores en el parque y le contaba que a su madre le gustaba hacer el arroz sin pimienta. Recordó que eso le hizo mucha gracia, y que luego acabaron sentados en un banco diciendo ñoñerías y comentando lo bien que le quedaban las margaritas en el pelo. Un juego infantil impropio para la edad de ambos, hasta que culminaba con tocamientos íntimos resguardados por los altos arbustos de ciprés y los fresnos ya deshojados. Esas cosas no le pasaban muy a menudo, y ya las estaba echando en falta. Sus encuentros sexuales con Belén habían sido esporádicos, y de ahí que este fin de semana debiera haber sido especial. Debía haber sido la consolidación de una relación.

Y estaba siendo especial, de veras que sí.

Habían hablado de casarse, de tener un perro: un pequinés arisco y juguetón. Ella se reía con una alegría indescriptible al hablar sobre ese tema. Sus ojos se entrecerraban de una manera deliciosa cuando daba palmas o saltitos que hacían que sus pechos danzasen bajo su delgada camiseta de algodón...

... Los mismos pechos que ahora se agitaban con violencia al ritmo frenético que Félix imprimía en aquel cuerpo sin vida, de mirada ni alegre ni risueña. Miguel ahora solo podía escuchar los gruñidos de su hermano, y contemplar esa *horrenda* (sí, ahora le resultaba *horrenda*) visión.

*Horrenda*, un concepto que utilizaba cuando estaba de acuerdo con que algo era *demencial* y dejaba de ser *sugerente*.

Los golpes de martillo reaparecieron en su mente, con más fuerza, y más desagradables que antes. Le ponía de los nervios ver cómo su Belén se movía como un muñeco de goma, cómo la herida en su cráneo era visible, y cómo su hermano producía arañazos en la blanca piel de la que hasta hacía muy poco había sido su novia.

Al malestar creciente se sumó la súbita reflexión acerca de lo que iba a pasar a continuación...

(Más gruñidos, y el cuerpo rozando el suelo, golpeteando con un sonido hueco contra el abdomen de su hermano).

... ¿Nadie la había visto llegar a la casa? ¿Nadie sospechaba de la relación pretendidamente secreta que mantenían? ¿Nadie especularía sobre el paradero de la chica? ¿Había comentado ella con quién se iba a encontrar y para qué? ¿Qué iba a hacer con el cadáver? ¿Qué haría cuando la gente comenzase a hacer preguntas?

¿Y cuándo encontraría de nuevo a alguien que le amase como ella?

(Más martillazos, y ese grito de mujer que cesaba cuando caía su cuerpo al suelo, un cuerpo que sangraba como un animal herido, y sangraba, y sangraba...)

Estas y otras muchas preguntas brotaban en su mente (a cada martillazo), concretas algunas, vagas e irracionales otras. Pero allí seguían apareciendo, y la incertidumbre comenzaba a pesar ahora que su deseo sexual había menguado...

(Y su hermano se reía mientras la cabeza del cadáver se levantaba unos centímetros y golpeaba el suelo; sonaba como martillazos en el metal, o como martillazos en el cráneo).

... ¡Dios! ¿Qué iba a hacer con el cuerpo?

(Más martillazos, y ese cuerpo que se agitaba con la boca entreabierta y sin aliento).

¿Qué iba a hacer con su novia?...

*(HORRENDO)*

... Con su novia muerta...

—¡BASTA, MALNACIDO! ¡YA ESTÁ BIEN!

Su capacidad para contener su agresividad se difuminó como los recuerdos de lo hermosa que era Belén antes de...

—¡VETE A LA COCINA, DESGRACIADO! ¡TIRA! —Miguel propinó a su hermano tres manotazos en la cabeza y lo agarró de la camiseta para que se pusiera en pie. Después, sin cesar de chillarle, le dio dos patadas y agarró amenazante la tabla con la que minutos antes había estado jugando Félix.

Se la arrojó en el momento en que Félix, sollozando, trastabillaba y caía ante las escaleras, antes de llegar a la pequeña puerta que conducía al interior de la vivienda. No le dio por poco; la tabla acabó estrellándose contra la base de una estantería al fondo, cerca de unas cajas.

—¡POR TU CULPA, DESGRACIADO! ¡POR TU CULPA HA PASADO ESTO! ¡ERES UN BESTIA, DESGRACIADO! ¡UN ANIMAL!

Félix subió, abrió la puerta torpemente y se deslizó a rastras al interior hasta perderse de vista. Sus sollozos aún podían escucharse, la puerta había quedado abierta. Miguel, lejos de sentirse mejor, padecía ahora el añadido del remordimiento por cómo se había comportado con su hermano.

Debía descargar su furia...

... Dándole patadas al cadáver, golpes de angustia contenida y de resentimiento por el estúpido enfado que había desencadenado todo este desastre. La golpeó una y otra vez, imprimió movimiento en ella, que no vida, y luego perdió el equilibrio. Cayó de espaldas, llorando de desolación.

—Dios, qué voy a hacer... ¡Qué voy a hacer! —se lamentó secándose las lágrimas, sin levantarse del suelo. Ahora el placer podría jugar en su contra. Había disfrutado a escondidas, pero ¿qué pasaría cuando hubiera que salir del escondite?

—*Demitrioo...* —vocalizó Félix desde el umbral de la entrada, agachado, asomando la cabeza con lágrimas restregadas en sus rechonchas mejillas.

Miguel levantó la cabeza. Miró a su temeroso hermano y estuvo a punto de enfurecerse más con él por haberse atrevido a regresar, por seguir recordándole que había perdido los nervios y que los volvería a perder si le seguía fastidiando. Pero ese pobre idiota había vocalizado, cosa que hacía con frecuencia, aunque pocas veces de forma coherente. Y en esta ocasión le había proporcionado una buena idea.

Demetrio, su hermano mayor. Él sabría qué hacer. Debía llamarlo, debía suplicarle. Los hermanos se ayudaban.

Y ellos eran buenos hermanos.



## ***“Yo me compré una moto nueva”***

Es lo bueno de pasar los fines de semana en Casas Nuevas.

Es lo bueno de disponer de una casa en el pueblo.

Es lo bueno de proceder de una familia como la mía: puedo permitirme el lujo de comprar esta motocicleta por Internet, una Suzuki RM250 de 249 centímetros cúbicos. Puedo gastarme casi seis mil euros en el “caprichito” y gozar. Qué le voy a hacer; me gustan las motos, y esta es de cross, una afición que me viene de unos tres años atrás, cuando adquirí de segunda mano mi “nena” de 124 cc, justo cuando conocí a mi otra nena, Alicia.

En Casas Nuevas dispongo del monte a mis pies, con estupendos terraplenes cerca del Morrón de la Cabra. Estaría bien tener más amistades que practicaran este deporte, pero he de reconocer que no soy muy sociable. Tengo amigos, sí. Eso no es difícil si uno tiene dinero y es guapo, aunque no es que yo utilice conscientemente esas virtudes. Me limito a dejar que las facilidades vengan a mí.

Sin embargo, ahora estoy solo, ascendiendo por el estrecho sendero entre matorrales resguardado por una pendiente infranqueable con mi moto, pero que bordeo a una velocidad considerable y ruidosa levantando arena a mi paso, sintiendo una suave ráfaga que me golpea el jersey de poliéster y el visor del casco. Miro a mi izquierda y veo, más allá del abrupto descenso de irregulares copas verdes, un sol perezoso entre nubes de algodón sobre un paisaje de montes y campos pelados, a veces moteados de verde y de diferentes grados de marrón, y salpicados de casitas como piezas extraviadas de un “Tetris”. De súbito, hago un movimiento de antebrazos y detengo la motocicleta al borde de una curva, junto a un montón de piedras gruesas y afiladas que ocultan unas matitas supervivientes a los pies de un mirto. Me gusta la velocidad, me gustan los descensos pronunciados y los modestos saltos y piruetas que suelo hacer aprovechando las

irregularidades del terreno; de acuerdo, no son “backflips” —ni siquiera se me dan bien las volteretas a pie—, pero yo no hago *freestyle*, ni siquiera hago *enduro*, y lo que deseo es disfrutar, como un niño solitario en el portal de su casa flipando con su monopatín. También me gusta sentir la paz del campo únicamente quebrada por el seductor rugido del motor; me gusta el olor a tomillo y, por qué no, me gusta el paisaje a veces árido, a veces rico, de Murcia. Pero también hay momentos en los que, mirando alrededor como ahora, siento esa... carencia. Me falta alguien a quien poder enseñarle los adhesivos nuevos que me he comprado, comentarle lo bien que me sienta el aire fresco de la mañana, o hablarle sobre la fiesta tan salvaje que me perdí la noche anterior. Y si ese alguien tiene tetas y un coño, mucho mejor.

Pero no estoy siendo afortunado en amores últimamente. Anteanoche estuve con aquel cardo de tía; ¡mi primer polvo en meses! ¡Meses! O me estoy preparando para ermitaño con moto, o desde luego estoy perdiendo facultades. Lo que creo que me ocurre es... que la ruptura con Alicia, hace un año, me está afectando, otra vez. Puedo reconocer que no está bien andar acostándose con otras por ahí, sobre todo si a uno lo pillan, pero algunos amigos son unos bocazas; a veces es mejor no tenerlos.

Y ahora no sé si es porque el pantalón me aprieta en la entrepierna, pero el caso es que necesito llamar a Alicia. ¡Después de tanto tiempo!

Paro el motor de mi Suzuki y busco el móvil en mi brazo izquierdo, en un pequeño bolsillo con cremallera. Es un sitio muy práctico para guardar el teléfono, pero sé que algún día tendré una caída y aquel trasto será el primero en llevarse el golpe. Compruebo que tiene cobertura y busco en el menú el teléfono de mi ex novia. No puedo creer que mi vida a partir de ahora consista en follar con adefesios como la de la otra noche. Resulta demasiado sencillo conseguir un revolcón de ese tipo, y me llena tan poco como masturbarme.

Alicia era diferente. Tenía estilo, y siempre iba conjuntada. Su maquillaje, discreto y elegante. Sus labios, era fácil sentirse divertido cuando te fijabas en su sonrisa. A veces se comportaba de una manera un tanto misteriosa, y eso también me gustaba. La recuerdo en el restaurante, con la mirada fija en mi barbilla mientras jugaba con una copa vacía. También echo de menos lo solícitas que eran sus caderas para el sexo, y su capacidad para hacerme a mí también solícito. Sabía provocar una buena discusión, aunque casi siempre acabara cediendo cuando menos me lo esperaba. Es un poco insegura, y eso, confieso, es otra de las cosas que me gustan de ella. Podía dominarla de manera sutil, pero con una incertidumbre constante, nunca sabía cuánto podía manejarla sin que estallase. Lo bueno era que no le solían durar demasiado los berrinches.

No le *solían* durar...

Lo único que sé con seguridad es que ha estado muy colgada de mí, y de que había momentos en que no se imaginaba su vida sin tenerme como referente a la hora de tomar decisiones. Y pocas han sido las decisiones que ha tomado esa niña pija que ahora tanto echo de menos.

Dejo el móvil por un momento, y dudo. *Vamos, tío, ¿no te saldrá más rentable hacerte una paja aquí en el monte y quitarte el calentón? Si la llamas... Si la llamas te rebajarás a suplicarle. ¡Qué mal suena! ¡Suplicar! Además, ¿cómo crees que va a reaccionar ante una llamada tan inesperada? ¿Qué vas a decirle?*

No, no estoy seguro de lo que quiero. Siento anhelo por volver a verla, por recuperar a mi mejor amiga, a mi mejor amante; pero sé que después de aquello no va a ser fácil, por muy volubles que sean sus berrinches.

Me bajo de la moto, saco la pata de cabra y la apoyo. Me siento junto a unas rocas con el teléfono entre las manos. Por un momento los nervios me avisan pateándome el estómago: la cobertura ha disminuido en pantalla. Pero, por suerte, enseguida vuelve a tener todas aquellas rayitas al completo; no puede ser que esté macha-

cándome la cabeza para que luego me falle lo más básico. Por un momento también me asusta la idea de que Alicia pueda haber cambiado de número.

Tengo que pensar, tomar una decisión, y no soy muy dado a meditar. Está claro que Alicia, dos días después de aquello, puso fin a nuestra relación con su típica cara soñadora, aunque más hosca de lo habitual. ¿Sospechaba algo? ¿Cómo podía yo saberlo? Quizá solo está resentida. Tal vez me culpa de lo sucedido. Pudo perdonarme lo de las gemelas, pero aquello debió de afectarla tanto...

O quizá se cansó de la relación. No... No es probable. Ella se deshacía por mí. Y tal pensamiento me envalentona de nuevo. ¡Me ha necesitado! ¡Y eso puede volver a pasar! ¿Por qué no? Ya ha pasado suficiente tiempo. Pero hay que ir poco a poco. Una llamada es algo demasiado directo y repentino, y además puede detectar mis dudas si me tiembla la voz. No, un mensaje estará bien.

*A ver... Primero un holacomoestás... Y luego algún comentario típico... Sí...*

Sigo pulsando teclas con una sonrisa de labios mordidos.

*... ¿Lo pongo? Sí... le insinuaré si algún día quedamos para tomar café y me cuenta cómo le van los estudios y...*

Vale, al final estoy siendo más directo de lo que pretendía, pero ya he enviado el mensaje. Un poco impetuoso. En el fondo, temo el típico tono reprobatorio de Alicia. Hemos acabado muy mal, lo sé, todavía me acuerdo de cómo me miró aquel día. Y no me he atrevido a decir nada desde entonces. Si ella quería romper, yo tampoco quería complicaciones. No contra esa mirada. El enfado por lo de las gemelas fue un chiste en comparación.

Tengo miedo de su reacción, y de lo que ella pueda pensar, de que ni siquiera pueda aceptar verme como a un viejo amigo.

*(Y tengo miedo de otra cosa)*

Pero ya está hecho. Ya le he enviado el mensaje. Ahora solo cabe esperar que conteste. Si eso falla y la sigo echando de menos, quizá podría acercarme por la universidad y...

... Quizá...

Me levanto de las rocas, guardo el móvil, y trato de olvidarme de mis conjeturas. No he hecho pacto de olvido durante tanto tiempo para que ahora me asalte la nostalgia

*(o los remordimientos)*

por una mujer. Ahora tengo una vida nueva, y una moto nueva.

Me subo en ella, arranco con fuerza, saboreando su rugido bajo mi acolchado. Dirijo el manillar y regreso al sendero. No me preocupa que el móvil suene y no lo escuche con el estruendo del motor. De momento no.

Sé afrontar los problemas. Ya lo he demostrado una vez. ¿Por qué voy a reprocharme ahora nada? ¿Qué otra cosa pude hacer? Hice lo que creí mejor para mí.

Y lo volvería a hacer.



## CAPÍTULO 3.

### ALICIA

Bostezaba.

Sin embargo, a ella le gustaba la Psicología, todo lo que aprendería sobre el comportamiento de los demás y sobre ella misma. Pero todavía quedaba mucha licenciatura por delante.

Era su primer año en este edificio de dos plantas pintado de verde. Llevaba más de un mes en un aula alargada y escalonada escuchando cómo el aburrido profesor de Psicobiología lograba que la Biología fuese más tostón de lo que era.

Alicia hizo crujir un poco la silla con su bien formado trasero. De buena gana habría terminado la maniobra: se habría levantado, habría dejado que el asiento del banco se plegase solo y con un golpe, habría cogido su carpeta y su bolso de piel auténtica, y se habría marchado ante la mirada de ¿admiración?, ¿envidia?, ¿indiferencia? de sus compañeros; pero sobre todo habrían pensado: “*¡Qué pronto se va esta!*” Y tal vez el profesor también habría pensado lo desconsiderado que era abandonar el aula a falta de trece o catorce minutos de clase.

Pero Alicia se limitó a contemplar sus folios donde hacía rato que no apuntaba nada. Se fijó en el esquema garabateado del sistema reticular ascendente, y siguió bostezando. Notó que su compañera de al lado se sonreía al verla menear el bolígrafo entre los dedos.

A continuación echó mano a su bolso, con discreción y sin mirar a la pizarra —seis mesas más allá—. Metió la mano, desechó la barra de labios y alcanzó el móvil, que estaba en modo silencioso. Lo sacó y se lo puso entre los muslos. La pantalla le mostraba un mensaje de texto nuevo. Dejó el bolígrafo para tener ambas manos libres y pulsó una tecla.

No se lo podía creer.

El aburrimiento se esfumó de inmediato, y en su lugar se instauró una emoción apagada pero turbadora. Su compañera la seguía

observando de reojo con curiosidad, a ella y al pequeño teléfono de última generación.

Era un mensaje de su ex novio; era un mensaje de Vonotar. Un mensaje que no esperaba de alguien a quien quería dar por perdido, en parte porque la ruptura había sido dolorosa, y su recuerdo más aún.

Y ahora el recuerdo regresaba en marabunta desde las líneas de la pantalla a color de un teléfono.

—¿Qué te pasa, malas noticias? —Era su compañera, que se había percatado del ceño fruncido en su amiga.

—Noticias de alguien que creía olvidado... —susurró Alicia en respuesta, guardando de nuevo el móvil en el bolso.

—¿Y son buenas noticias?

Alicia guardó silencio unos instantes. Podría parecer que callaba por respeto al profesor que seguía impartiendo su clase con voz monótona y repiqueteos de tiza, pero no lo hacía por eso. Estaba pensando qué respuesta iba a dar, y no porque le importase mucho lo que su compañera pensase, sino porque ella misma no sabía lo que sentía.

—Pues son malas y buenas..., supongo —respondió finalmente.

La expresión adusta de Alicia hizo desistir a su compañera de seguir averiguando detalles. El rojo oscuro de sus labios había adquirido su característica forma protuberante, algo engreída, de la que hacía gala al entrar en un sitio con gente desconocida —como el primer día de clase— o cuando estaba de mal humor, o preocupada. Y, efectivamente, la inesperada reaparición de su ex había removido inquietudes y sentimientos que, por dolorosos, había preferido olvidar.

Tuvo para rato, para el rato que restaba de clase, en el cual se entretuvo mirando los percheros. *Vonotar*, pensó. Pretendía algo. ¿Qué? ¿Volver con ella? ¿Simplemente recuperar la amistad? ¿Tal vez un revolcón por los viejos tiempos? ¿Y qué deseaba ella? Podría actuar por compromiso, ahora que ya no le guardaba tanto rencor, ¿o sí? Podía quedar con él, tomar algo y hablar de los nuevos tiempos. También podía pasar de él; ¿qué necesidad tenía de volver a

encontrarse con quien tanto la había engañado? Sí, podía borrar ese mensaje, ignorarlo y comprobar cómo desistía al final en su intento de acercamiento tras todo un año de separación. Él no parecía de ese tipo de ex novios obsesivos que te persiguen, incapaces de aceptar el rechazo. Aceptó en su día la ruptura, quizá porque reconoció su falta, y no intentó regresar después a suplicar. Desapareció como ella deseaba. Sin embargo...

... Lo cierto era que, ahora, le echaba en falta. Hasta la fecha ya se había encargado de asistir a diversas fiestas los jueves y algunos fines de semana. Pero no había conocido a nadie que le hubiese llamado la atención, ni antes de empezar la carrera, ni en lo que llevaba en ella. Había algunos compañeros atractivos en clase, pero por unos motivos u otros seguía en ese, para algunos maravilloso, estado de ausencia de compromiso afectivo.

Aunque... no podía negarlo. Demasiado tentadora la idea de recuperar a su chico, de ver cuánto había cambiado y comprobar lo que sentía por él; respirar su aroma cuando la abrazaba con fuerza, compartir con él esas conversaciones de estimulantes puyas que tanto les gustaban.

La clase había concluido. El profesor anunció sus pretensiones para la próxima, y los alumnos recogieron folios y bolígrafos, comenzaron a charlar o a salir del aula. Alicia se contagió de ese mecánico rebrote de actividad, aunque absorta en sus pensamientos. Se disponía a salir del aula con su compañera para acercarse a la cafetería, cuando algo la detuvo, y no fue un pensamiento, sino una mano.

Una mano vasta, un rostro sin maquillaje, ojeroso, dientes irregulares, sonrisa torcida, y un jersey ajustado y fino que mostraba un prominente escote coronado por un colgante de mercadillo; era otra compañera de clase que acababa de entrar al aula.

—Perdona, ¿eres Alicia, no? —preguntó sin esperar la respuesta—. No he podido venir a las últimas clases de Psicobiología. ¿Tú me podrías dejar tus apuntes para fotocopiarlos?

—No. —Alicia se dio cuenta de que estaba siendo demasiado tajante—: No, ya se los he dejado a otra persona, además, no eran muy buenos, que digamos. Es mejor estudiar por el libro.

La chica sin maquillar iba a decir algo, pero Alicia se disculpó distraídamente y tiró de su acompañante para salir cuanto antes del aula. No le apetecía dejar apuntes a ninguna aprovechada, y menos a esa, que no le despertaba especial simpatía. Ahora lo que necesitaba era salir de allí, y no andar preocupándose por los días que había faltado esa ni por cuándo la volvería a ver para que le devolviese los apuntes.

Ahora solo quería pensar en Vonotar.

Salieron rodeadas de personas que, en agitada cadencia, lograban no atropellarse en una de las puertas del extremo superior del aula, que conducía al largo pasillo de la planta baja.

—Me has librado a mí también de la tía esa... ¡Anda que no has estado seca! —rió María, la compañera de Alicia—; no le han quedado ganas de preguntármelo a mí.

Alicia le devolvió la sonrisa y la dejó rezagada a pesar de sus zapatos de tacón. Sorteó con cierta chulería a todas las personas con las que se iba topando en ese flujo constante de alumnos por el estrecho y apagado pasillo.

El pasillo dejó de ser estrecho y apagado al aproximarse a recepción, desde donde se accedía al campus y, siguiendo en línea recta hasta el final del pasillo, a la cafetería.

—Oye, ¿adónde vas? ¿No entras a la cafetería?

—No —repuso Alicia negando con la cabeza, sin detenerse—, creo que no voy a ir a las dos últimas clases.

—Así que me dejas sola, ¿eh? —replicó amistosamente María—. Oye, ¿me vas a contar quién era la persona que creías olvidada?

Por primera vez en toda la mañana, Alicia miró a los ojos a su compañera.

—Es mi ex.

La revelación solemne de Alicia se escuchó apagada —pero se escuchó— entre el caos de voces y pasos alrededor de las dos compañeras, ahora detenidas en mitad del vestíbulo. Notó la corriente de aire que procedía de dos grandes puertas abiertas.

—¿Y qué quiere tu ex novio? —preguntó, más intrigada por lo afectada que parecía Alicia que por lo especial de tal hecho.

—Pues eso es lo que no sé. Bueno, ya nos veremos mañana. Hasta luego.

Dejó allí a María con más preguntas en la boca y salió por una de aquellas puertas, bajo la marquesina con plantas enredaderas de la entrada, hasta los senderos del campus, de vegetación no tan exuberante como en otras estaciones del año. Miró su reloj de pulsera entre esclavas doradas; todavía tenía tiempo hasta el próximo autobús hacia Murcia, así que decidió recorrer la cuesta embaldosada a su izquierda, que le conduciría al edificio de su facultad, y de ahí a unas escaleras que subían hasta el nivel de la carretera que rodeaba todo el campus. Prefirió esta ruta para mantener la forma. Siempre que podía, evitaba el sedentarismo, los ascensores y los atajos. Prefería las rutas menos cómodas para así compensar la incipiente vida de estudiante-fiestera que estaba adoptando.

Al llegar a la franja de césped que colindaba con la acera al pie de la carretera de allá arriba, se fijó en un estudiante obeso con una ridícula mochila, diminuta en comparación con su cuerpo. Le disgustó verlo y desvió la mirada buscando la parada al otro lado de la carretera. Cruzó apresurada y alcanzó una isleta con flores en mitad del tramo. Esperó a que pasase de largo un coche y terminó de cruzar con toda la velocidad que sabía imprimirle a sus zapatos de tacón. Bajo la marquesina naranja y descascarillada de la parada había un chico y una chica riendo y haciendo manitas. Alicia se situó junto a la marquesina, mirándoles de reojo.

Sintió envidia. Por primera vez en meses, experimentaba la tristeza de saberse sola mientras a su alrededor todo el mundo parecía

enamorado, y el oportuno o inoportuno mensaje de Vonotar era el responsable de cómo se sentía. O tal vez solo había sido un detonante.

Se fijó, mirando hacia esos dos con la excusa mental de estar vigilando el extremo de la carretera por donde debía venir el autobús, en lo mal que vestía esa chica y lo mal que le quedaban al chico los *piercings* en la oreja.

Decididamente, no podía seguir con esta especie de soledad voluntaria producto de un ataque de cuernos que ya formaba parte del pasado. No encajaba con la idea que tenía de sí misma el andar por ahí sola sintiendo envidia de gente tan empalagosa y vulgar como la que se estaba morreando bajo la marquesina. Ella podía conseguir a alguien de su categoría, y no tenía más que desearlo.

El problema era...

Alicia se colocó bien el asa del bolso al hombro. El móvil se meneó por allí dentro y le recordó la persona que había vuelto a su vida. *Eso pretende él*, pensó, y de súbito se enfadó consigo misma al saberse esclava de unas emociones que la ligaban a ese engreído que a veces prestaba más atención a sus motos que a ella, y que disfrutaba poniéndola celosa, además de ser descaradamente infiel. ¿Por qué había estado tanto tiempo pendiente de él para que luego prefiriese estar con aquellas gemelas?

Y el autobús que seguía sin venir. Se sintió como una niña impaciente al mirar de nuevo su reloj, y sus esclavas. Le faltaba una pulsera, la que Vonotar le regaló con sus nombres grabados. Se había deshecho de ella hacía meses. Al fijarse en las que llevaba puestas se le ocurrió que la esclava era ella, por continuar pensando en él cuando mañana jueves podría tener infinitas oportunidades de conocer chicos.

Dirigió una última mirada a la pareja, cuyo besuqueo tonto se le antojaba cada vez más insufrible, y comprobó con alivio que en el horizonte próximo asomaba, cerca de los árboles en la esquina de un cruce de carreteras, el frontal naranja de los típicos autobuses que recorrían Murcia en general y el campus en particular.

Le habían comentado que estos autobuses solían ir horrorosamente saturados de gente, y había tenido tiempo para constatarlo. Por suerte, no los frecuentaba en las horas punta, y casi siempre acababa encontrando asiento o un rincón cómodo junto a las ventanillas.

*Pronto he de sacarme el carné*, se recordó, intentando que su mente fuera por otros derroteros.

Alicia se adelantó a la pareja, subió, introdujo su bonobús en la máquina con una destreza ya bien adquirida y se adentró hasta uno de esos rígidos asientos, donde se dejó caer emitiendo un apagado suspiro.

El paisaje comenzó a pasar ante sus ojos. Le gustaba ese campus, su tranquilidad, su vegetación, que estuviese rodeado de montes. Pese a ser una chica de ciudad, le entusiasmaba el romanticismo y la paz que le transmitían los campos y las montañas. Recordó (a traición) lo bien que lo pasaba por el monte con Vonotar.

Minutos después, cuando consiguió deshacerse de tales pensamientos y el paisaje se fue transformando en urbano —edificios y vehículos furiosos—, se concentró en la música de fondo que se podía escuchar cuando el monitor de ruta no estaba avisando de la próxima parada; una canción de amor, qué oportuna.



## CAPÍTULO 4

### SARA

**L**egaba de natación tan relajada que ni necesitaba un pitillo antes de la comida. Se solía jactar de ser ella quien dominase al tabaco y no al revés. Le gustaba tener el control.

El ascensor llegó por fin al octavo piso. Se estaba acostumbrando al inquietante momento de espera. Era un piso grande y caro, pero los ascensores no iban a juego. Todavía eran de ese modelo antiguo con la puerta pintada de granate oscuro, de la que había que tirar o empujar en lugar de pulsar un botón como en los ascensores de la universidad; además, era una cabina claustrofóbica y lenta. Sara también se jactaba de no ser nada maniática, de ser una persona cuerda y vital, sin complejos ni inseguridades. Se reía entre dientes al pensar que a su compañera de piso, Alicia, estudiante de Psicología, se la veía desequilibrada en comparación. A Sara se le daba bien catalogar a la gente.

Sara era buena en muchas cosas.

Aunque no soportaba ese maldito ascensor. Dañaba la relajación y el buen tono muscular de su bien torneado cuerpo. Por suerte (siempre se sentía afortunada cuando el ascensor la dejaba salir), llegó una vez más al rellano del piso que tenía alquilado con otros dos compañeros. Era deportista, estudiaba Educación Física, pero ni de coña iba a subir todos los días ocho pisos a pie. Eso no la motivaba.

Rebuscó en su menuda mochila con forma de peluche agarrado a su espalda hasta encontrar las llaves. No creía que hubiera nadie en casa a estas horas. Las llaves tintinearón más de la cuenta y reparó en que las había sacado junto a una moneda de cincuenta céntimos. Giró la cabeza y se fijó en la puerta que había más atrás, a su derecha, pasado el ascensor. Tratando de ocultar una sonrisa maliciosa, dejó caer adrede la moneda y se acercó provocativamente a recogerla. Dedujo por el leve parpadeo de luz en la mirilla que aquel degenerado estaba observándola. Se colocó frente a la puerta, se agachó mos-

trándole su bien formado trasero, enfundado en un chándal rojo llamativo y ajustado, y recuperó la moneda.

Cuando terminó su demostración, guardó la moneda e introdujo las llaves en las dos cerraduras de su piso.

Se rió con disimulo al cerrar. Apoyó la espalda en la puerta y dejó caer la mochila al suelo. Aquel pobre salido tendría estímulo para todo el día. Sara disfrutaba riéndose de idiotas como su vecino, sobre todo cuando no se percataban de la burla.

Se le aceleró el corazón al oír una puerta cerrándose dentro de casa.

Resopló y se recriminó haberse puesto nerviosa. Enseguida apareció su compañera Alicia por el pasillo.

*(¿Quién coño te creías que era?)*

—Hola, Ali... ¿Cómo es que has venido tan pronto?

—No me apetecía quedarme a las últimas horas de clase —respondió con naturalidad Alicia, con un ligerísimo encogimiento de hombros.

Sara la vio pasar al salón, al final del pasillo. Había dos puertas abiertas que permitían a Sara, en la penumbra del pasillo, seguirla con la mirada mientras se internaba en aquella amplia estancia. Ambas tenían cristales satinados en relieve, de un tono anaranjado que haría juego con la luz del atardecer si a ese pasillo le llegara luz de cualquiera de las ventanas; el único fallo del piso.

Recogió su mochila y se dirigió al cuarto de aseo. Se había percatado de la expresión taciturna de Alicia. La conocía desde hacía poco más de un mes, y ya sabía suficientes cosas sobre ella; era una joven demasiado transparente. Si no le gustaban los inmigrantes o los que se sentaban cerca de ella en el autobús, no lo disimulaba. Y tenía estilo su compañera, vestía bien y sabía con quién relacionarse, y también sabía distinguir el tipo de personas que no le convenían a una. No esperaba menos para un piso con un alquiler tan elevado. El dinero incrementaba las probabilidades de que te tocara un compañero adecuado, y desde luego con Alicia había tenido suerte. Además, le

gustaba porque, aunque tenía carácter y a todas luces se le daban bien las relaciones sociales, también presentaba cierto toque de vulnerabilidad que a Sara le encantaba “retocar”. Igual que si tuviera una hermana pequeña. Y en cierto modo lo era. Alicia era más joven y todavía pecaba de novata en muchos aspectos.

Sara se miró al espejo y se retocó su rubio cabello, recogido ahora en una cola. Aproximó el rostro y se fijó en el contorno de sus cejas perfectamente depiladas. Sonrió con todos los dientes, y siguió mirándose mientras se lavaba las manos con jabón líquido.

Pensó.

Al rato, salió del cuarto de aseo y se dirigió al salón. Al pasar, arrojó la mochila a la cama de su habitación.

—Alicia, ¡vaya cara llevas! ¿Te ha pasado algo? —Sara le dedicó una de sus sonrisas más amables, forzándola incluso; prefería mostrar su mirada enigmática y su expresión sarcástica y provocativa, pero en este momento sentía algo que no sabía definir, ¿lástima?

—Ee... No, no es nada; es que estoy cansada.

Alicia tenía el móvil en una mano y el mando a distancia en la otra. Había puesto la televisión. Estaban dando uno de esos *reality shows*, pero no parecía prestarle atención. Se hallaba tumbada a lo largo del sofá, con cojines a la espalda. El volumen del televisor no estaba alto, y el brillo de la pantalla se veía apagado en comparación con toda la luz que llegaba de las ventanas del balcón.

—¿De qué? ¿De los hombres? —Sara se dio cuenta, mientras se sentaba en el sofá de al lado, de que su comentario, más juego dialéctico que otra cosa, había dado en el blanco, a juzgar por la mirada que le había dedicado Alicia. Pensó que debería haber estudiado también Psicología.

—Más o menos... —tuvo que confesar Alicia, sorprendida por la perspicacia de su compañera de piso.

—Pues cuéntamelo —pidió Sara, siempre sonriente—. Te diría que las amigas se lo cuentan todo, pero nosotras no somos amigas, ¿verdad?

Alicia se sintió ofuscada y ofendida por el comentario.

Sara, crecida por su superioridad emocional, matizó:

—No te lo tomes a mal. Quiero decir que nos conocemos poco. Y creo que eso es lo bueno. De lo poco que llevamos viviendo juntas he aprendido mucho sobre ti. Creo que las dos somos muy parecidas, y que podemos compartir complicidad, simpatía más allá de la tontería de los amigos íntimos. Las dos sabemos ya algo sobre de qué pie cojeamos, y tú me imagino que sabes que no tengo ningún motivo para aprovecharme de tus intimidades. Todo lo contrario. Si te pido que me cuentes cosas es porque me caes bien y creo que podría ayudarte a comerte el mundo. Porque tú vales para eso.

—Vaya... No sé qué decir —Alicia se ofuscó aún más, pero dedicó una sonrisa a su compañera.

Sara se fijó en sus labios perfectos y sintió envidia. Sí, Alicia tenía cosas que envidiaba, pero su simpatía hacia ella iba más allá de esas rivalidades. No se sentía amenazada. Sabía que compartían vidas diferentes entrelazadas por un piso y una universidad —que no facultad— común. No iban a pelearse por los novios, ni por las amigas, ni por las notas, ni por un futuro puesto de trabajo ni por ser el centro de atención del aula. Seguía viéndola como a una hermanita, como la cómplice perfecta con quien compartir risas y comentarios que no agradarían a todo el mundo.

—Pues no digas nada —continuó Sara—. Solo cuéntame lo que te pasa, que seguro no merece tanta preocupación.

—Puede que tengas razón —coincidió Alicia—. En realidad es solo una tontería... Y ni siquiera he echado un vistazo a la cocina para la comida...

—No te preocupes. Con una ensalada que prepare yo bastará.

—... Bueno —prosiguió Alicia—. Pues lo que me pasa es que en clase he recibido un inoportuno mensaje.

—¿De quién? ¿De un chico?

Alicia asintió con la cabeza.

—Mi ex.

—Si te está molestando conozco a unos que le dan una paliza y se le quitan las...

—No —interrumpió Alicia—. ¡Qué va! Oye, tú debes de tener amigos hasta en el infierno. —Sara la miraba sin dejar de sonreír. Alicia hizo una pausa y siguió con los detalles—. Lo que pasa es que rompimos hace un año, y ahora me ha pedido que quedemos para hablar. Y no sé lo que quiere. Pero lo peor es que no sé lo que quiero yo.

—Te lo pondré fácil. —Sara se levantó haciendo un gesto a su compañera para que parase la historia un momento, y se dirigió a la cocina—. ¿Quieres agua? —preguntó, lejana.

—No, gracias.

Alicia echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo. Ahora se encontraba mejor, y se debía a que su peculiar compañera de piso le estaba sonsacando todo. Le gustaba Sara. Se mostraba muy despierta y decidida, y eso le recordaba que durante una época fue muy parecida a ella, antes de convertirse en este espejismo de dudas.

Sara regresó con un vaso de agua que depositó sobre la mesa de cristal entre los dos sofás, y se volvió a sentar lentamente, mirando a Alicia a los ojos.

—Cuéntame cosas de tu ex novio.

Alicia se incorporó y se sentó bien en el sofá. Se tocó el pelo por si se había despeinado. Se alisó el pantalón con las manos y siguió contando:

—Mi ex se llama Vonotar. Es un chico alto, moreno y de ojos grandes y brillantes. Tiene un buen cuerpo y es genial con las motos.

—¿Y es genial en algo más?

—¡Vale! —rió Alicia—. Bueno, no me descentres. Sí, está muy bueno, tiene dinero, es inteligente y me lo pasaba de muerte con él.

—Venga, pues me lo describes demasiado perfecto. ¿Dónde está el problema? ¿Por qué lo dejasteis?

—Pues, básicamente... —Alicia hizo una mueca—. Porque me puso los cuernos, y más de una vez.

—¿Y no se los pusiste tú a él? No me digas que eso te habría resultado difícil... ¿Es celoso?

Alicia se sintió abrumada con tanta pregunta, paró para tomar aire y prosiguió:

—No. Y no me dolió tanto por los cuernos. Me dolió porque veía que empezaba a pasar de mí. Una vez se metió pastillas y me puso a parir delante de unas amigas. Me mandó a tomar por culo.

—Mira, Ali —dijo Sara sentándose a su lado—. Puede que tu ex esté muy bueno y todo eso. Puede que lo echés de menos porque quizá has estado mucho tiempo sin conocer a otra persona como él, pero lo que tienes que hacer es empezar a dominar tú y no al revés. O sea, puede que volváis, o puede que no. De momento pasa de él. Mañana te vienes conmigo y con unas amigas de fiesta, y conoces a alguno que esté bien. Más tarde, si quieres, lo llamas y le pones celoso. Y luego... tú eliges.

Alicia se quedó mirando a Sara. Le despertó una sonrisa de complicidad, algo que hacía tiempo que nadie lograba. Hasta ahora no se había percatado de la personalidad arrolladora de su compañera. Más aún, creía estar viendo en ella a una amiga indispensable con la que saldría del hoyo en el que se estaba metiendo por culpa de la inesperada reaparición de su ex. Pero sabía que era algo más. Una de las primeras decisiones que había tomado en mucho tiempo desde su ruptura fue la de elegir Psicología como carrera. Hasta ese momento había estado consultando siempre con su novio cualquier decisión que hubiera que tomar. Y hasta la fecha se había librado un poco de esa sensación, pero ahora reconocía que lo único que había hecho era ocultarse a sí misma su inseguridad, seguir unos pasos preestablecidos que estuvieran de acuerdo con su primera y única elección seria e individual. Se encontraba sola, y amuermada, porque no había superado la ruptura, porque le faltaba algo en su vida. Y le faltaba lo fundamental: decisión para obrar.

Por eso se estaba comportando de forma tan anodina en clase. Era ella quien debía andar por ahí pidiendo apuntes para luego pasear el palmito por las cafeterías de la universidad. Y sí, podía enrollarse con cualquiera de los tíos buenos de su clase, podía elegir al compañero de prácticas de Estadística más conveniente, podía dejar a todo el mundo boquiabierto y admirándola al pasar, en lugar de provocar esta indiferencia impropia de ella, porque no era una más del montón. Y había tenido que ser Sara quien se lo recordase.

Sara, satisfecha con la expresión de seguridad en el agraciado rostro de Alicia, se levantó para ver qué se podía hacer en la cocina. No hizo falta esperar a que su compañera —su amiga— le dijera alguna frase hecha de agradecimiento. Ya sabía que había calado hondo en ella y que a partir de ahora iba a tener una nueva miembro en su círculo de amistades universitario.

Cosa distinta era su otro compañero, Carlos. El prototipo de joven bohemio y luchador. No vivía tan desahogado en este piso como ellas. Trabajaba por las tardes para poderse costear el lujo; para costearse sus cosas, en definitiva (a Sara no le importaba mucho en qué gastaba o dejaba de gastar él). Y aunque no era un mal chico ni les hacía sentirse incómodas, tampoco era lo que habría deseado por compañero masculino de piso. No era por su físico ni por sus modales. Carlos era un chico normalito, y hasta tenía su punto. Educado, discreto y cuidadoso en la convivencia. Aunque su cuarto era una leonera. Además, resultaba algo extravagante con sus colgantes baratos y sus pantalones anchos, como de raperero. Y muy sensiblero también. Un pringado, se podría decir. Un pringado que estudiaba Bellas Artes y pintaba bodrios, y que apenas salía por las noches y no se atrevía a decir una palabra en contra de lo que ellas dijese, sobre todo contra lo que ella misma dijese. Sara había intuido que le gustaba al chico. Cuando menos, se sentía sexualmente atraído, lo cual era fácil de detectar en las noches de convivencia en el salón, sobre todo los primeros días, cuando salía recién duchada con

pantalones cortos y una camiseta fina bien ajustada, sin sujetador, y el pelo todavía húmedo recogido con una toalla. Una vez incluso había tenido la torpeza de entrar en el aseo con ella en la ducha. Una de dos, o estaba tan alorado como para no escuchar el agua al caer, o lo había hecho deliberadamente para ver qué podía encontrar en un cuarto de aseo ocupado por una chica. Las baldosas eran azules, pero la cara del chico estaba roja al salir apurado del aseo.

¡Y lo que se rió ella después!

—Oye, Ali...

Alicia ya venía de camino a la amplia cocina. Buscaba la botella de agua que había sobre la mesa.

—¿Sí?

—Llevamos más de un mes aquí con Carlos y no hemos hablado de él. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? —preguntó Alicia, siempre desconcertada porque Sara le llevara un paso o dos de ventaja.

—Sí, que si te gusta... Podríamos invitarlo mañana y que se enrollase contigo.

Alicia iba a protestar, pero enseguida descubrió la expresión burlesca de su compañera.

—¡Anda ya! ¡Ese te lo dejo para ti! ¡A ti si que te mira con deseo!  
—exclamó Alicia, sonriendo.

—Veo que te has dado cuenta. Pobre chaval. No es mala persona, pero babeando no va a ir a ningún sitio, y menos con esas pintas y esa coleta que lleva.

—Bueno, no nos podemos quejar de él, ¿eh? Limpia incluso más que nosotras —comentó Alicia, cerrando de nuevo la botella.

—Sí, por eso no les dije a mis padres que me contrataran una criada.

—¡Qué cabrona!

Sara comentó lo que iba a hacer de comer mostrándole el contenido del frigorífico, pero siguió sin tomar la iniciativa. Para

hacer una simple ensalada de aceitunas, maíz, zanahoria, lechuga y col no hacía falta apresurarse tanto. Además, tenían suficiente fruta y huevos como para comer en caso de que tuviesen más hambre, cosa poco probable en ellas dos.

—Oye... ¿Tú crees que se hace pajas pensando en nosotras?

—¡Qué bestia eres! —exclamó Alicia, más divertida que escandalizada.

—Le debemos poner cachondo que te cagas... Bueno, suponiendo que no sea gay.

—No, no lo creo, como mucho “sarasexual” —Alicia rió sola su ocurrencia—. Creo que, si se las hace, piensa más en ti que en mí.

—Oye, ven. —Sara tiró del brazo de su compañera y la llevó al pasillo, y de ahí a la puerta cerrada de la habitación de Carlos, al fondo.

—¿Qué haces?

Sara abrió la puerta incitando a entrar a su amiga...

... A ese interior plagado de obstáculos por doquier. La puerta se echó a un lado, junto a una percha llena de pantalones, camisetas y chaquetas colgadas. Sara evitó una pila de discos en el suelo, junto a un organizador de discos bajo y de plástico donde estaban colocados otro buen número. Había una alfombra torcida que acabaron pisando, rodeada de unos pantalones de chándal, varias camisetas más, una mochila, una caja de pinturas y el caballete sin lienzo apoyado junto a la cómoda, invadida por figuras de la “Star Wars”, libros, películas, paquetes de pañuelos, pañuelos arrugados y usados...

Alicia consiguió desasirse sin brusquedad de la mano de su amiga, pasó como pudo y se colocó junto a una silla también llena de ropa. Aquel muchacho debía de tener más ropa fuera que dentro de los armarios.

Ignorando los cuadros que había por la pared, los pósteres y otro buen número de obstáculos —en su mayoría fotocopias, carpetas y calzado—, Sara se aproximó a la cama deshecha, sobre la que había un viejo juego de mesa, ropa y unas revistas de fotografía.

**Si quieres comprar la novela de Javier Vivancos  
sigue el siguiente enlace:**

**<http://www.sacodehuesos.com/asangre/yo-vi-tu-silueta.html>**